

SOBRE LA VIDA Y LA MUERTE

Por PEDRO CABA

Se viene manteniendo un enorme y desdichado equívoco con la palabra "vida" sobre todo, y de manera menos disculpable, cuando la usan los filósofos, por ser los más obligados a pulcritud y precisión en las palabras y los conceptos. Vive una flor en su tallo, vive una bacteria en un tejido, vive un camello, vive un hombre, vive un angel, significa siempre lo mismo el hecho aludido con el vocablo "vive"?... Para los materialistas, desde Luis Büchner hasta Carlos Meyer, o Ewing Schrödinger, todo es uno y lo mismo, materia y energía. La vida es un producto de fuerzas fisico-químicas. Y el espíritu es una manifestación de vida, y, por lo tanto, un producto refinado de esas fuerzas. Y para unos y para otros, la **vida humana** es una manifestación de la vida general. Es decir, que la vida del hombre es **una vida**, si bien más depurada en su instrumentación. Aun dentro de aquellos que creen que en el hombre, hay, además de una vida orgánica o animal, un espíritu, no parecen admitir, muchos de ellos, que la presencia de esta nueva entidad significa alteración fundamental del concepto de la vida. Mas no por eso niegan todos que el espíritu, en sí e independiente de la materia que vive, tenga también **su vida**.

Y sin embargo, bien podían todos preguntarse: Qué nos autoriza a llamar "vida" a la actividad psico-espiritual? No se trata aquí de una vaga analogía difícil de sostener en cuanto se piensa un poco? Acaso el espíritu actúa en el espacio ni siquiera en el tiempo, al menos en el tiempo físico?... Por ventura nace, crece, se reproduce y muere? Y si, no obstante, queremos llamar "vida" a esa actividad del espíritu, no deberemos distinguir bien una vida y otra y no con fundirlas?

Materia y Vida

La vida tal vez existió desde antiguo en el universo, pero en semilla, luchando oscura y subterráneamente para florecer y hasta que floreció. La vida en simiente es tan antigua probablemente como el mundo y es tan natural como los sistemas físicos inertes. Materia, energía y vida se integran en una unidad superior o más amplia: la

naturaleza cósmica. Todas cooperan en unidad máxima y real. De lo inerte y de las formas de la energía se alimenta lo vivo. El vegetal por fotosíntesis, desdobra el oxígeno del aire que libera, para que siga soplando de comburente en otras combustiones, y se queda con el carbono para construir las primeras sustancias orgánicas. No sólo la flora y la fauna constituyen unidad biológica en lo que se ha llamado la biosfera, sino que también lo inerte y lo energético, el viento y el agua y el clima y las capas geológicas y la química mineral colaboran al servicio de la vida y la vida les paga con su señorío generoso, ennobleciéndoles con estructuras nuevas y dejándoles libertad y vacaciones periódicamente, cuando los individuos y las especies mueran. La planta necesita agua y a la vez influye en las lluvias y la formación de nubes. La tierra, los astros, la luz, la electricidad, la gravitación, el calor, todo está al servicio de la vida, aun perteneciendo originariamente al mundo de lo inerte. Las plantas realizan el ciclo del carbono como las bacterias elaboran la síntesis de las proteínas. Los animales herbívoros se alimentan de plantas y los animales carnívoros de otros que han comido plantas. La vida no pide calor, mas bien es ella la que lo desprende como residuo. Lo que necesita la vida es luz, está tejida de hebras de luz. El calor no es mas que luz degenerada y empobrecida. La vida es un principio misterioso que, por servir al espíritu, está urdido de claridades y diciéndonos ya dónde tiene su fuente. Por algo se ha llamado a Dios **fuerza** y **foco** de toda vida y toda luz.

Las fuerzas físico-químicas no producen el fenómeno de lo vivo, al menos en nuestros laboratorios. Ni el calor, ni la luz, ni el magnetismo, ni la gravitación, sueltos o reunidos, producen la vida. En cambio donde quiera que hay vida se produce el calor, la luz, el magnetismo, a veces la electricidad y el peso del ser vivo, su gravitación. Parece, pues, que, en vez de entenderse que las fuerzas físico-químicas en concurso producen la vida, es ésta la que, según la experiencia más universal y evidente, produce aquellas fuerzas como su manantial, al menos en los seres vivos, sin negar que también se dan esas fuerzas en seres que no nos constan que son vivos, por ejemplo, en el agua, en el viento, en las rocas... Con lo cual son esos científicos los que tienen demasiados prejuicios y anteojeras. La realidad es ésta: en la naturaleza inerte, hay fuerzas físico-químicas, aunque no vida, pero la vida produce **también** esas fuerzas físico-químicas... La vida en cualquier planta o animal produce calor, como produce fuerza de tracción en el caballo que tira, y luz en el animal que fosforece, y electricidad o lo que sea, en los nervios animales.

Es evidente que la vida, el **quid** de lo vital, aparece en la materia sólo cuando ésta reúne determinadas condiciones. Por de pronto, no toda materia inorgánica parece que es apta para contituírse en materia viva. Mientras en todos los seres vivos entran el carbono y el nitrógeno, no se sabe que el mercurio, por ejemplo, integre vida.

La materia, por sí, no da vida, aun cuando la composición química y los electrones de la materia inerte, son idénticos a los del cuerpo vivo. La constante de alcalinidad de la sangre se rige por las mismas leyes que las del océano, pero no por eso el océano es un ser vivo, mientras la sangre, sí. El agua que hay en la leche es químicamente

igual al agua destilada de los laboratorios, pero aquella es vitalizada y esta es indigesta. Y al calificar esa agua de vitalizada, qué hemos dicho? No sabemos qué es la vida, para una definición de su esencia, pero sabemos que en un principio creador porque añade su propia energía modeladora a las fuerzas que le llegan del exterior, dice Will Durant (1). Ya sé que a muchos esta vida así, tan abstracta, como un principio independiente de la materia, les parece artificio del pensamiento sin comprobación. Yo comparto lo de la no comprobación, pero no me parece artificio del pensamiento. Algo entra en la materia, que no había en ella, para hacerse viva. La materia, por las fuerzas ciegas que la transen, se dispone y se esfuerza para organizarse, pero no lo consigue. Es el caso de los cristales. Hasta que la vida no llega y con un beso de fuego la incendia y la fecunda, la materia no se hace vida. Y una prueba de que el cristal no es vida, es que ésta, para instalarse en la materia, **empieza por fundir los cristales de la materia haciéndola coloidal**. La vida, para **organizar**, necesita empezar creando un desorden, poniendo en relativa libertad a los átomos, para luego ella recomponer el orden suyo. No quiere figuras ya dadas, sino coloides, viscosidades, sustancias en emulsión ya fundidas. Su primer acto creador es reducirlo todo a caos... Lo yerto y mecanizado le repugna. La materia viva está hecha de materiales inorgánicos, pero previamente **vitalizados**. Y lo que no es polvo lo reduce a polvo. "Literalmente estamos hechos de polvo de la tierra", dice Alexis Carrel (2), pero es polvo encendido, iluminado por la vida, que no sabemos qué es. Si es difícil concebir una vida extraña a la materia, que llega hasta ella para organizarla en materia viva, más difícil es justificar que la materia caída y sorda, de pronto se ponga a vivir de modo mecánico, por un cierto salto, más o menos cuántico, en virtud de sí y por sí, quizá porque las ondas en su incansable juego, han dado de pronto el chispazo de la vida. Pero entonces, no haríamos sino llevar la cuestión al punto en que esas ondas han producido de pronto vida, y antes, no, y preguntaríamos en virtud de qué, con lo que volveríamos a iniciar el debate. Me parece más juicioso, más evidente y sencillo, admitir que hay un "quid" que sopla en la materia y le infunde vida. Y, para mi, ese "quid" ya viene prejuzgado por un "quién", por Dios.

La Vida como incendio y como Creación

Es desconcertante. Hubo necesidad de que la tierra se enfriara para que la vida apareciera. Pero la vida misma trae calor, es un incendio de la materia. La vida es fuego y los seres vivos arden, tienen calor, o mejor dicho, **expiden** calor. Como si la vida viniera a impedir que la tierra se enfríe y el calor se extinga del todo. Quizás vie-

(1) Will Durant: "Filosofía, Cultura y Vida", página 123.

(2) Carrel: "La incógnita del hombre", página 97.

ne a eso, a mantener el desequilibrio térmico, a combatir la marcha inercial y ciega hacia la entropía del universo, a contener su tendencia al caos de lo mineral. Por eso los animales vivos son sistemas termodinámicos pero muy especiales. Para poder decir como hace Schrödinger, que los organismos obedecen al primer principio de la termodinámica, es decir, que la vida consiste en absorber calor para transformarlo en energía y trabajo, tendríamos qué saber que la vida es forma de energía física y es lo que no sabemos. Por mi parte creo que es **otra cosa**. En cuanto el segundo principio, el organismo vivo no es un sistema aislado y más bien parece no regirse por él. Así lo insinúa Julio Palacios en "De la Física a la Biología".

Frente al caos de la entropía, la vida es anti-entropía y jerarquizadora. Toda vida vegetal o animal es un incendio; el combustible es lo inorgánico y mineral que va quemando, haciéndolo arder. Aunque desde muy antiguo se ha visto lo que de calor hay en la vida, creo que fue Helmholtz el primero que comparó la vida con una vela que se mantiene a fuerza de ir consumiendo su propio soporte. Todo lo que vive tiene hambre de gastarse, trae una carga expansiva que se va debilitando a sí misma, gastándose poco a poco en cada individuo. Es lo que llamamos envejecer y cada especie viva tiene un ritmo de vida, un modo de gastar su haber. Pero si cada individuo envejece, no está demostrado que envejezca la vida misma como principio o ímpetu universal, pues si los individuos y aun las especies mueren, la vida sigue cantando de un ser en otro, de una especie en otra, como el pájaro de una a otra rama del mismo bosque aunque en distintos árboles. Individualmente vivir es consumirse, gastarse, envejecer. Tomando la vida como principio universal, es lucha contra la materia y la energía para crear formas nuevas. Y para ello ha de ir venciendo la resistencia de sus sistemas. Ya el hecho de nacer rompiendo un huevo denota que la vida es disparo, una salida violenta contra lo muerto y mineral que se opone y resiste, y que la vida vence y deja detrás lo muerto y requemado. La vida es ruptura, irrupción, revolución y señorío ante lo inerte.

Creo que hay un impulso de vida efundido y derramado por todos los aladares del universo, que circula por todas partes, incendiando la materia y haciéndola organizarse por el fuego que la prende. Parece que es lo mismo que dijo Bergson y no es verdad, pues para él ese impulso vital que recorre el universo era espíritu y yo no he dicho todavía ni diré que la vida, por ser vida, ya es capaz de producir espíritu. Digo sí que la vida es creadora y que no muere, por lo menos hasta que un día el triunfo del espíritu sobre el universo, haga ya innecesaria la presencia de la vida. Hoy la vida no se extingue; cambia de materia y de estructuras energético-materiales, no para apoyarse en ellas como dice Hartmann, sino para algo más que apoyarse, para organizarla y afirmar su potencia fundadora, aunque tenga que construir con materiales de derribo. Pero la vida ni se extingue ni se cansa. Cuando el organismo muere, cuando queda desposeído de vida, reducido a polvo mineral, nuevas vidas han florecido sobre él, porque la vida ha pasado a otros hacecillos y otras estructuras. Es la danza de los electrones, de los copos de energía, de los sistemas de

ondas, al servicio del impulso vital, en ronda continua y cíclica que nunca se interrumpe, en incansable recurrencia.

Es lenguaje defectuoso decir que la vida envejece, cuando es, más bien, inmarcesiblemente joven y activa. Si pensamos en la degradación de la energía y en su irreversibilidad, más bien podría hablarse de un envejecer de la materia, de las ondas y los cuantos de energía, en el sentido de que llega un momento en que sus sistemas ya no son aptos para la organización vital. Se ha hablado de la ley de conservación de la materia y de la ley de conservación de la energía. Quizás está llegando la hora de hablar de la ley de conservación de la vida, de la que el principio de inmortalidad del plasma germinal de Weismann no es más que el primer enunciado muy imperfecto. La vida es perenne. Por qué unas veces la organiza como amiba, otras como miriápedo o cuadrúpedo, y otras, en fin, la verticaliza en estación bípeda de hombre? No lo sé. Quizá la vida ensaya tanta variedad en busca de alojamiento para el espíritu, que llegará **cuando la organización de un tipo de la vida lo merezca**. Parece que la vida vino al mundo como un bautista precursor del espíritu, preparando los tiempos de su llegada. La vida por sí, no produce espíritu; esto es lo que hay que gritar ante todo filósofo biólogo; la vida no es espíritu, aunque el espíritu nos parezca otra forma de vida, pero **otra**. Y, sin embargo, aun no siendo espíritu, aparece sobre el planeta como potencia creadora, inventando seres vivos, recorriendo zonas de materia para incendiarla. Su aparición en un mundo desolado y frío, debió ser una inimaginable catástrofe universal de altísimo espectáculo. A veces no encontraba materia **vitalizable**; y cuando la encontraba, ensayaba formas de organización, que se frustraban, hasta que halló la adecuada. Y así, un día, habiendo ya materia viva y con la organización suficiente para alojarlo, el espíritu vino creado directamente por Dios, y se encarnó, se hizo hombre, y en la materia el espíritu hizo nido y puso huevos. Por eso, hasta el final de la era terciaria no aparece el hombre. Este precisaba que la materia hubiera alcanzado la madurez de organización suficiente. Y por eso, la evolución de las especies llega hasta esa época; después, la evolución **pierde sentido** y paró la vida sus ensayos de especies nuevas, pero siguió manteniendo los seres vivos necesarios para la conservación del mundo. El hombre es joven y la era del hombre apenas si está empezando.

Vida y Alma

En el hombre hay un ser orgánico; eso es evidente. Y sobre el basamento del hombre orgánico se "organiza" otra vida, la espiritual. Pero así como lo biológico absorbe lo mineral, así también, lo espiritual absorbe la vida y la levanta y subsume en su nueva vida, en la vida espiritual. La lucha, los esfuerzos del espíritu por espiritualizar la vida biológica que lleva en la base de su asiento, en lo psíquico, lleno a la vez de resonancias de espíritu y de materia viva, todo confundido... Y así como al hablar de lo físico material en nuestro propio cuerpo nos encontramos con que lo meramente físico no existe ya, pues está sorbido en la vida, de modo que la materia física se ha convertido en materia viva, así al hablar de la vida o vitalidad no la

hallamos ya en nuestro ser con aquella pureza de lo biológico, sino que se halla embebida en nuestra alma y coloreada de ella. Ese alma o psique no alude sino a las resonancias más directas e inmediatas del espíritu sobre el cuerpo. No hay un alma intermedia, entre el espíritu y el cuerpo; hay cuerpo transido de espíritu y espíritu fundido con el cuerpo, sin confundirse con él, antes bien dándole forma. Aquel "hinterland" o zona de lo difuso y confuso donde el espíritu resuena más revuelto con lo vital es lo que llamamos convencionalmente "psique" o alma...

Al tratar de analizar un "alma" como entidad aparte del cuerpo y del espíritu, nos encontramos con algo imposible de distinguir de uno ni del otro. Pero lo lamentable es que se ha venido confundiendo unas veces con la mera vitalidad y otras con el espíritu. Los escolásticos siguiendo a Aristóteles, hablan de un "alma vegetativa", de un "alma sensitiva" y de un "alma intelectual" que luego han llamado espiritual. Y todavía Ortega y Gasset, siguiendo a Luis Klages, habla de un "alma corporal" que parece confundir con la mera vitalidad...

Hay que terminar con los equívocos de la vitalidad y el "alma". Tanto Aristóteles como Santo Tomás tuvieron una idea bastante vaga de lo que es la vida. Aristóteles dice que el vivir de los vivientes es su ser (3) y antes ha dicho que nota los vivientes en que se mueven por sí mismos. Pero en su tiempo no se sabía por qué se mueven los ríos o los vientos o los cuerpos celestes y por eso se suponía que todos eran vivos. Por eso Aristóteles creía en la vida de los astros. Y Santo Tomás, comentándole, dice que "el movimiento del cielo es, con relación al universo corpóreo, lo que respecto al animal es el movimiento del corazón que sirve para conservar la vida". Y se esfuerza luego, en distinguir en qué consiste el movimiento de los vivientes y el movimiento de lo que no tiene vida, diciendo que estos últimos solo se mueven cuando no tienen la disposición o estado que requiere su naturaleza... En cambio, las plantas y los demás seres vivientes se mueven con movimiento de vida precisamente, cuando están en su estado o disposición natural y nunca para acercarse o alejarse de ella (4). Es perfectamente disculpable esta concepción un poco vacilante por el estado de los conocimientos biológicos y naturales, en la época de Aristóteles y de Santo Tomás.

Lo primero que hay que sentar para una antropología de nuestro tiempo es que así como la materia multiplicada o potenciada y refinada no es vida, así la vida multiplicada por sí misma no da espíritu. Si podemos hablar de "vida espiritual" es porque queremos decir que es vida de segundo grado, otra cosa que la vida animal o vegetal. Pero el espíritu no se da en la mera intensificación de lo vital, sino que la vida se sabe a sí misma, se dobla sobre sí y se reconoce cuando está visitada del espíritu... Aunque la vida la multipliquemos

(3) Aristóteles: "Anima" 11.

(4) Santo Tomás: "Summa Theologica" I - q. 18, años 1º y 2º.

por sí misma miles de veces, no da espíritu, que es idea inconfesada o de polizón en muchos sistemas filosóficos; del mismo modo que por muchos átomos de materia que agrupemos y muchos electrones que hagamos saltar, no producimos vida. El espíritu es otra cosa, pero más elevado y creador. Millares de años estuvo la tierra esperando la aparición de la vida para organizar los sistemas materiales. Millones de años ha estado la vida sobre la tierra esperando la llegada del espíritu, organizando su habitación y preparando el camino, como un Bautista, al espíritu que vino después creado por Dios. En la historia de cualquier hombre puede verse que hay una etapa de vida intrauterina y extrauterina en que el espíritu es como una semilla, va granando. Trabajó mucho la vida fundando especies animales nuevas cada vez más complejas y difíciles, y cuando logró poner la materia viva vertical, como una pira, mirando al cielo, dejó de inventar especies nuevas, paró la evolución y la vida perdió potencia poética, cohibida por la presencia del espíritu. Un español Novoa Santos, desde puntos de vista biológicos vió y dijo esto, que es muy profundo y exacto; que así como el animal tiende a despojarse y superar su vida vegetativa, así el hombre tiende a superar todo vestigio zoónico en él. Y otro español también médico y biólogo, Del Reieu-Vernet, ha dicho: "El espíritu no puede empezar su ascensión, sino cuando el organismo que le sirve de base haya terminado la suya. O refiriéndonos a la escala del hombre, no puede principiar la Era psíquica, sino cuando la Era vegetativa haya llegado a su cima orgánica" (5). Y también "la Humanidad se encuentra aun en su extrema infancia y toda su trayectoria ascensional está vuelta hacia una cima inimaginable. Y el espíritu que se creía prisionero de la materia hasta el fin del mundo, recibe repentinamente el anuncio de su segura liberación y se yergue con inmenso grito de esperanza, la mirada fija en una cima inaccesible. La palabra **ascensión** es más precisa que la de "evolución". En efecto el espíritu no es evolución, sino revolución; su presencia trae una espléndida novedad: la historia, que es expresión de una lucha con el mundo natural hasta su humanización o espiritualización. El impulso propio del espíritu es el de la autonomía y el vuelo frente a lo natural. A medida que la historia avanza pierde puntos la influencia de la naturaleza sobre el espíritu. Un profesor norteamericano W. G. Summer dice haber comprobado que cada vez es menor la influencia de lo físico natural sobre el hombre (6). Es que el hombre representa lo novísimo, lo extraño en el mundo de la naturaleza. Y además ha de vencerla.

Quién es el hombre?

En el mundo, además de minerales, vegetales y animales, hay hombre. Quién es este nuevo ser? Por de pronto, un ser vivo e in-

(5) Rieu-Vernet: "El dogma biológico", pág. 239.

(6) W. G. Summer: "Folways", pág. 53.

cendiado como los demás seres que viven. Y como tal, nace, crece, pesa, se avería, envejece y muere. Es el ser **biológico** que hay en el hombre. Y como ser biológico, es claro que su base natural es un sistema orgánico y material. Pero si nadie conocerá a Venus estudiando el mármol de su estatua, tampoco se cata lo esencial del hombre estudiando los materiales del cuerpo de que está hecho. No podemos decir que conocemos a un hombre porque sepamos el color de su pelo, los centímetros de su talla y la fecha en que nació o el domicilio en que vive y los antecedentes de sus padres. Para saber quién es hay que fijarse en su espíritu y radiografiarle el finísimo arborismo de sus intenciones, sus anhelos, sus recuerdos, sus júbilos y sus penas. Lo decisivo en el hombre es su alma.

El hombre hunde sus pies en la naturaleza que le sube hasta el nivel del corazón, pero su cabeza se incrusta en el cielo de donde recibe las más luminosas y sutiles radiaciones y descargas, y esas ondas también le llegan al corazón, pero desde arriba. Hace circuito entre la tierra y el cielo, y, si su corazón como un tallo se inunda de la savia que le sube de la tierra, su cabeza está llena de cables, llaves y reóforos y actúa como una emisora que cambia sus mensajes con Dios al revés de ideas, anhelos, fragorosidades y chispazos, como nubes... La porción más noble y sustancial del hombre no está en el cosmos, es extracósmica. No está a horcajadas sobre la frontera del mundo natural, pues ambas plantas las hunde en el suelo, pero tampoco es el centauro metafísico que tiene dos mitades repartidas entre la naturaleza y el espíritu, entre la tierra y el cielo, sino que hay en él un progreso lento y heroico, una lucha con los poderes de la naturaleza, un progreso lleno de vacilaciones, fracasos, retrocesos y caídas, no un progreso recto y lineal. En el hombre de la prehistoria el nivel de lo natural le llegaba hasta las raíces mismas del cerebro, mientras que en el hombre de hoy, el nivel del espíritu, actuando desde arriba, llega hasta el corazón. Poco a poco triunfa el espíritu y lo natural se retira en el hombre. En realidad no hay tal retirada, sino que así como la vida penetra y cala y somete a lo material asumiéndole sustancialmente, así el espíritu asume, penetra y señorea lo meramente vivo para servirse de ello y ennoblecerlo y espiritualizarlo. Misión genuina e indeclinable del hombre es hacer que la naturaleza se humanice, que la vida que hay en él se tome de la esencia del espíritu, haciendo de la vida, **vida humana**, y que el cosmos se haga historia, gracias a la acción radioactiva del espíritu.

Pero quede ya sentado esto; materia, vida y espíritu no son tres compartimentos comunicantes o que, a lo más, se traban entre sí, o se imbrican como los tubos de un antejo. No es eso. La vida es forma sustancial de la materia que vive, y el espíritu, el alma, es la forma sustancial del hombre. La vida lleva en sí la materia, sin la cual no actúa, y el espíritu lleva en sí lo corporal de modo sustancial, hasta el día en que se libere, y en que los cuerpos mismos sean gloriosos y estén tejidos con luz del espíritu por virtud divina... La vida actúa en la materia transiéndola de su ser, **vitalizándola**; el espíritu actúa en la vida del hombre calándolo sustancialmente, **espiritualizándolo**. No es el cuerpo una máquina dirigida por piloto o aeronáu-

ta que se instala dentro, pero quede bien claro que la vida como principio no es materia ni el espíritu es vida biológica, como la de los pinquinos. El espíritu, si es vida, es **otra** forma de vida que la biológica, y misión suya es elevar esa vida biológica que lleva en la base de su ser corporal, con toda sus resonancias, a la otra vida superior. El alma como espíritu (y no hay más alma que la espiritual) no se alimenta, crece, reproduce, envejece y muere, como el ser orgánico. El cuerpo no es materia, nada mas, sino carne, materia vitalizada y organizada, cuerpo, y no se puede distinguir uno de otra. También el espíritu se funde con la vida y sólo se expresa a través de ella, hasta que pueda ser libre por haber merecido su liberación. La vida es forma sustancial de la materia viva, como el espíritu es forma sustancial del cuerpo que debe espiritualizar y someter... Pero esto no ha de servirnos para seguir confundiendo la materia y la vida, como principios, y la vida y el espíritu, como si la materia por sí se hiciera vida, y la vida corporal, por sí misma, se hiciera espíritu.

Qué es lo que muere?

Para intentar una antropología de la muerte hay que empezar por establecer puntos de vista nuevos, que debieran ser, sin embargo arcaicos, si una especulación racionalista superficial no lo hubiera tantas veces impedido.

Por qué hay muerte? Por qué lo que vive desaparece y lo inerte queda, siendo lo vivo más valioso que lo no vivo? Y el hombre? Muere el hombre? La cosa parece evidente. Precisamente hoy, a partir de Heidegger, se está haciendo demasiada literatura, no siempre filosófica, acerca de que el hombre "es un ser para la muerte", y que, por saberse a sí mismo viajero de ese viaje inevitable, el vivir del hombre toma una determinada configuración o un estilo determinado. Parece pues, que la muerte da signo y sentido al existir del hombre. Todo eso está muy bien para un poeta como Rilke, pero no para una gran filosofía de nuestro tiempo. Frente a la afirmación de que el hombre es un "ser para la muerte", yo he de oponer que el hombre **es un ser para la inmortalidad**, que es fundamentalmente enemigo de la muerte, que por no ser exclusivamente un ser vivo, **no queda radicalmente afectado** por el morir; que el hombre no muere todo, porque sólo muere lo meramente vivo y el hombre es más que vida; y que, por eso, todo cuanto hace, piensa y planea tiene el sello y la aspiración de la inmortalidad, de lo que ha de sobrevenir a la muerte de su cuerpo vivo. Ya es hora de que se planteen con todo rigor estos temas y se salga al paso de tantas habladurías filosóficas. El hombre, en lo profundo, sabe que no ha de morirse del todo, **qué debe no morirse**, que **quiere no morirse**, y anhela supervivir; que trae un recuerdo reminiscente de **otra vida** y a ella anhela volver. El hombre se revela contra la muerte, porque se siente inmortal. Su existir es una afirmación de la voluntad de inmortalidad, de protesta contra la muerte. Y por eso busca crear, fundar obras, perdurar en hijos, tener amigos que le recuerden y mantegan en la existencia representada del recuerdo, y conseguir fama, renombre, gloria. Todas las religiones, todos los pueblos,

todos los hombres creen de algún modo en la supervivencia, porque todos tienen hambre de sobrevivir. Y todo arte, toda técnica, toda forma de amor y de fe es una manifestación de esa hambre profunda.

Y notemos que todas las religiones admiten que la definitiva liberación del espíritu se logra discutiendo y castigando el propio cuerpo, actuando contra lo meramente vivo. Por eso, antes de la gloriosa liberación del espíritu hay una etapa de pena o purgación, un "purgatorio" que unas religiones lo ponen aquí, en el mundo, en un incansable recorrer de búsqueda, del momento liberador, según hace la religión brahmánica; y otras, como la cristiana, admite el purgatorio, luego, tras de la muerte física.

Y sin embargo, se nos dirá, el hombre muere y sabe que se muere. Bien. Pero, qué es lo que se muere en el hombre, su vida o su espíritu? Si tan indisoluble es la unión sustancial de ambos, es que al morir el cuerpo, al dejar de vivir el cuerpo, se extingue también el espíritu? Entonces el hombre se muere acabadamente, definitivamente, como cualquier animal? Es que el espíritu es de la naturaleza de la vida, o es que hay una **vida del espíritu** que no debe confundirse con la vida meramente biológica? Como se ve, estamos en el círculo de ideas de que todo este artículo es intenso drama. Landsberg en sus ensayos sobre la muerte, siguiendo ideas de obras póstumas de su maestro Scheler, ha hablado del modo de experimentar la muerte, lo que también ha servido a una finísima cabeza española para urdir muy sutiles ideas sobre la muerte. Me refiero a Ferrater Mora, que ha hablado de la muerte orgánica personal, aunque también de la inorgánica. Y en esto me parece que se ha excedido hasta despistarse del núcleo de la cuestión.

Empecemos por recordar que lo inerte o inorgánico no es lo muerto, pues lo muerto es algo que antes ha vivido, que ha pasado por el trance de vivir, y lo inorgánico o inerte, no. Y viceversa; sólo lo que vive ha de morir. Lo inorgánico cesa en su estructura, pero esa cesación o cambio no es morir. Los seres inorgánicos o inertes son "seres" a pesar de una evidente tendencia del pensamiento del europeo que quisiera llamar "ser" sólo a lo vivo. Pero metieron baza los filósofos racionalistas y mataron el ser haciendo del ser un concepto. Sin embargo no olvidemos que para el enamorado, para el poeta, para el creyente, todo lo que es, vive de algún modo. Y así como el enamorado ve animarse el pañuelo de la amada, o el balcón donde ella cose y sueña, así el poeta ve seres vivos y almas en las nubes, en los ríos o en los vientos, y el creyente siente a Dios hasta en la humilde piedrecilla, como San Francisco. Es que el hombre mágico materniza las cosas del mundo, dándoles individualidad, estilo de criaturas vivas. Pero, en fin, para el hombre logicista, los seres inertes no viven ni por tanto mueren. La primera condición de lo que muere es que haya vivido; la exigencia que todo lo que vive lleva escrita imperativamente en el seno es que ha de morir algún día. Este es el círculo de ideas y la suma de ideas en círculo que Platón descubrió diciendo que si la muerte brota de la vida, también la vida brota de la muerte. La muerte es un modo de terminar el ser vivo, como vivir es un modo de aludir a lo muerto. Lo inerte que cesa en una estructura determinada,

por ejemplo, la silla que se rompe y ya no sirve para su fin, o el cristal que se quiebra y deja en libertad a sus moléculas, no es muerte. La muerte es un no vivir, pero después de haber vivido. El que no nació no está muerto, pues en otro caso todas las inmensas posibilidades de que el universo está encinta serían cadáveres antes de ser.

Todo ser **vivo** muere. Qué quiere decir esto? No ya que se desintegra o dispersa en sus partes, pues esto ocurre también en lo inorgánico, en lo que no vive ni ha vivido nunca. Además, nosotros decimos de algo que ha muerto, aunque no haya dispersión de sus partes y conserve su figura y su conjunto orgánico. Morir quiere decir que un montoncito de materia había sido agrupada y organizada por la vida, y cuando ya envejeció (qué quiere decir envejecer?) o cuando ya no convenía como tal organización, a la vida (y por qué no convenía ya y antes sí?) o cuando la materia **se cansó**, como empiezan a pensar ahora muchos (y por qué la materia se cansa de servir de soporte a la vida?), la vida se extingue. La vida? He ahí unos de esos cruces de ideas que hay que evitar y no trabañar en sus términos. Algunos biólogos suponen que cada individuo, en cada especie, tiene una **cuerda** prefijada de antemano, un **quantum vitale** al cabo del cual la vida pasa a otro ser. Las especies tienen cada una un **tiempo** de vida media para sus individuos. Y este tiempo medio de su vida está en clara relación con el ritmo de sus fases de desarrollo dentro y fuera del claustro materno. Devaux ha estudiado muy bien este ritmo vital de las especies. Yo no puedo detenerme ahora en ello... Lo importante es que al término de ese **quantum vitale**, el individuo envejece, y, cansado de vivir, se muere.

La vida no se extingue nunca en el tiempo. La vida no muere, mientras Dios no lo disponga; lo que muere es el individuo vivo; lo que se extingue es la organización individual que vivía y que ahora, como algo desorganizado, deja de vivir; o una vez muerto, se desorganiza. Porque ahí están las dos únicas formas de morir: o se desorganiza la estructura adecuada del individuo que vive y entonces, por eso, deja de vivir, o deja de vivir porque está cansada la materia y en cuanto muere, se desorganiza. Acaso las dos formas son una sola, y también el animal que muere de viejo es que muere porque se ha ido desorganizando paulatinamente su cuerpo.

El hecho es que la vida, cuando el individuo muere, salta jubilosa e incansablemente de aquel montoncito de materia puesta a arder en que antes llameaba, a otro montoncito. Y así, todo ser vivo prende con su vida, su antorcha vital, en otro ser, no sólo en el acto de la generación (es bien expresivo que hay animales que mueren al engendrar), sino que también, el corromperse lo vivo, dá lugar a otras formas de vida, de las cuales hay simientes sembradas en lo corrompido. Si no hubiera semillas y corrupción como fertilizante, la vida no prendería en otros seres y los elementos inorgánicos se dispersarían como tales. En la generación y la corrupción, como ya vió Aristóteles, está el vuelo de la vida, el vuelo o salto de un montón de materia a otro, como los gorriones en las ruinas pasando de una a otra piedra sensibilizada por el musgo. Pero con esta diferencia: que en la vida no se encuentra ya amontonada la materia, sino que la vida ha de amon-

tonarla, agruparla y organizarla en materia viva, de donde resulta que la vida es fundadora. Por medios físico-químicos se puede evitar la dispersión de los elementos inertes que se agrupaban, como la falta de gérmenes puede impedir que la materia se reproduzca. Tal es el caso de ese embrión de pollo que Scherrigton guarda orgullosamente sin que se pudra y sin que viva, aunque aumenta de volumen.

La vida es perenne. Esto es lo que Weismann vió bien y entendió no del todo mal, pues la mecha encendida está en el germen, lo que quiere decir que, como el germen es sostenido y engendrado por la vida, si el germen persiste, quiere decir que persiste la vida. Porque el germen es también un fruto de la vida y no solo su fuente. Vuelve a parecernos el mismo círculo de ideas. El huevo produce la gallina y la gallina huevos. La vida se hace germen y el germen provoca vidas y conserva su potencia en otro germen. **Es que la vida es inmortal, hasta que Dios disponga otra cosa.** La vida es un regalo de Dios y puede recogerlo cuando lo crea conveniente... Mueren los seres vivos, mueren los individuos, mueren los plasmas germinales (si al plasma ese no le damos medios de desarrollarse), mueren los individuos y se sostienen las especies. Pero mueren también las especies mediante el préstamo del impulso vital de unas a otras, que es lo que se llama evolución. La vida no se extingue: cambia de forma. **Es transformación**, paso o tránsito de la llama de la vida de un ser a otro, de una especie a otra... El "paramaetium caudale" no muere nunca, dicen algunos biólogos. Es no ver la cuestión y no interpretar bien los hechos. Lo que no muere es la especie "paramaetium", pero los individuos sí. Y son ellos los que, muriéndose, transformándose, la sostienen. La muerte de los individuos sostiene la vida de la especie. Y en los seres complejos, es la solidaridad la que permite que la vida haga nido en las ramas, y suene entre ellas como un viento. Si las partes del ser complejo se proclaman autónomas, si quieren ser individuos, la totalidad colectiva, como ser, se extingue, pero la vida salta y rebrota en alguna parte como una vena de agua sofocada. Mas no confundamos un ser colectivo con una especie, pues la especie no es colección, sino esencia. Un árbol, es un conjunto, un ser colectivo de sus células, pero no es una especie de todas ellas. En los seres vivos colectivos, la muerte de varios individuos o partes componentes no dá muerte a la individualidad total, salvo que se trate de aquel grupo de células (por ejemplo el corazón) que contraliza la vida, porque simboliza unidad y solidaridad de todas. Pero los vegetales no tienen corazón, sino raíz, que es su centro vital.

Precisamente la característica del ser vivo, es que no es una suma, sino una totalidad, según se viene diciendo desde la llamada "psicología de la estructura" o "teoría de la forma" (la "gestaltheorie") (7). Un montón es una suma de partes, no una estructura de

(7) Lo cual no es tan nuevo como se supone, pues tanto Platón como Aristóteles distinguían ya "holon" y "pan". Lo recuerda Heidegger en una nota de "Ser y tiempo".

miembros, pues un organismo pierde uno o más miembros y puede seguir siendo organismo vivo que a la menor lesión, origina la muerte del organismo total... La totalidad dá la forma o configuración total del organismo, pero no deben confundirse totalidad y forma. La totalidad viene determinada como totalidad, porque hay algo, un principio que la une y configura. Ese principio es la **vida**. La vida dá **forma** o **informa** a la materia y también la configura como totalidad. Totalidad orgánica hay en un elefante y en una cucaracha; y sin embargo, la forma o configuración no es la misma; pero como totalidades orgánicas, como unidades vivas, valen lo mismo... Pues bien; lo que origina la totalidad es lo mismo que origina la forma. También lo que destruye la configuración destruye la totalidad, y con la muerte, desaparecen ambas. Un cadáver tiene todavía la forma o configuración según la especie, pero ya no es una totalidad orgánica que guarda una relación funcional entre sus miembros. Pronto sin embargo, al desmoronarse la forma, se extinguirá la totalidad; y viceversa. Pero no hay que confundir "forma" y "totalidad", aunque van íntimamente unidas.

La vida se manifiesta siempre **unida**, en unidades simples o colectivas. Siempre **unidad**. De ella brota un sentido para la colectividad o la vida colectiva, porque el sentido es justamente lo que dá unidad a lo diverso. Pero el sentido dá unidad y la trasciende a la vez; dá a un tiempo unidad y es manifestación de lo unitario. La vida se manifiesta siempre en individuos, pero hace referencia siempre a algo que no es individual. Todo individuo vivo, además de su ser individual, refleja una especie de la que **quisiera** ser representación y compendio unitarios. Todo individuo **aspira** a tipo y aun a arquetipo. La belleza de un ejemplar vivo se mide por su riqueza **típica**, por el número de los demás ejemplares que representa. Y esa belleza es el resplandor de la **representación** de todos ellos. Cuando vemos a un ser vivo, sobre todo si nos parece típico o representativo, vemos **también** a otros ejemplares que están allí de algún modo presentes. Esto no ocurre en el mundo de lo no vivo; en una nube, en un río, en una montaña, no hallamos la presencia de otras montañas, de otras nubes u otros ríos, no porque no haya especie de ellos, sino porque no hay más que **especie**. Lo que no hay son individuos, propiamente dichos. Los "seres" inorgánicos, no representan a los demás seres, aunque digamos que son de su misma especie. No decimos lo mismo cuando hablamos de una especie viva y de otra que no lo es. En las especies no vivas, las arcillas por ejemplo, no vemos en cada arcilla otras arcillas, porque no **dicen** ni **re-presentan**, sino lo que ahí está en ellas, presente de modo material. En lo vivo, además de la **presencia** del individuo, hay **otra presencia**, la **representación** o **representación**, la de la especie que está viviendo en él representada. Cada individuo vivo dá a entender que sostiene, con su presencia, una carga mayor que la de su mera individualidad: la **representación** o **representación** de los demás individuos de su misma especie.

En todo esto se ve que la unidad es algo fundamental en el ser vivo, pues en el no vivo hay que recortarla desde fuera. La roca que vemos es un **trozo**, no una unidad completa, no un individuo. El río y la nube son **trozos** de nubes o ríos. Pero un ser vivo no es un

trozo ni siquiera de su especie, a la cual representa en su **totalidad específica**. Resulta, pues, doble y equívoca la unidad del ser vivo: la de su individualidad evidente y la de la especie a que pertenece y a la que **representa**. Y siendo unidad es también **totalidad**, la suya individual y la de su especie. Y todo eso es lo que dá a cada individuo un trascender de sí mismo y un sentido. Se comprende por qué es fluído el vivir. Es un devenir, un esforzarse en ser, que va del individuo a la especie, y de ésta al individuo. Es un devenir ciclico que hace que el individuo no progrese (Recuerdo aquí, para que el lector establezca le debida conexión, que, en cambio, el hombre como existencia, deviene, también, pero en distinto devenir "**abierto**" hacia lo inédito y novísimo, hacia lo que no es, ni siquiera en especie. Por eso **progresa** hacia sí mismo, un sí mismo misterioso y, a la vez, próximo y lejano).

Pero los individuos, los seres vivos mueren. Qué quiere decir esto? Que pierden su individualidad subsistiendo la especie. La unidad individual, la totalidad, la automotilidad, la configuración y el sentido se pierden, y allá, remota y silenciosamente, la especie sigue mandando individuos nuevos que reemplazan a los que mueren. Morir es perder la individualidad.

Hay una muerte por vejez, por cansancio, no de la vida, sino de la materia que dá pasto a la vida; es una muerte que es como un fruto natural. Y hay también la muerte por enfermedad, o por accidente traumático, que no es fruto, sino una frustración.

Pero cualquiera que sea la causa, la vida es perenne; muere el ser vivo, el individuo, pero queda la especie. Y si la especie muere, otra queda en su lugar. La vida es perenne. Y esta vida es un principio que se apoya en la materia para aletear y llamear, pero no es la materia misma. La prueba es que la materia queda en las cenizas y la vida salta y vuela de un montón de materia a otro. Y es la vida la que activa y prende y no la que resulta efecto o consecuencia de una determinada estructura o disposición de la materia. La vida es autora, fundadora y no mera consecuencia o efecto. Se ha enunciado el principio de la conservación de la materia, y el principio de la conservación de la energía. Ambos se suponen inmortales como principios, y, con la física nueva, se han identificado en uno solo asegurando que ni la materia ni la energía perecen. Con más vigor hay que enunciar el principio de inmortalidad de la vida, no porque nazca de lo material, sino porque hace de la materia y la energía lo que éstas no pueden ser por sí mismas. La materia y la energía combinadas como se quiera, no dan vida. Pero la vida hace que la materia y la energía rindan lo que, por sí mismas, no sabrían rendir. Es un principio nuevo el que les llega. Es absurdo suponer que lo inferior ha ido progresando hasta crear o inventar lo superior. Es disparatado suponer que la fuerza y la materia crean la vida y que la vida dá por sí, espíritu, siendo el espíritu más creador que la vida y la vida más que las fuerzas físico-químicas. **El espíritu de Dios fundó la vida**. También el hombre como espíritu, coadjutor de lo divino, da vida a los personajes y a las personas de ficción en el arte y la poesía. Quién sabe si no será la vida la que origina las fuerzas y, la materia, y todos los seísmos de la prehistoria eran tentativas de la vida en simiente para florecer, y he-

mos andado investigando, al revés, si las fuerzas y la materia no han originado la vida! Por lo menos ya dije que notemos que todos los seres vivos por el sólo hecho de vivir, producen fuerzas, y por la generación, por la acción vitalizada de las fuerzas, el crecimiento, es decir la materia misma que vive.

Lo que sabemos de la muerte

La vida no muere; la vida es perenne... Y si la vida es inmortal, cómo ha de ser el espíritu que es brizna y astillita de lo divino, y de la Divina Hoguera se ha desprendido como una chispa? Si la vida es creadora, más creador será el espíritu que incluso crea vida. Así, el soplo del espíritu divino creó la vida sobre la tierra. El espíritu del hombre encarnado no crea vida orgánica, aunque cabría pensar si el amor de verdad no incrementa la vida y aun la crea, coadyuvando con el poder genésico de la vida, en el caso del amor nupcial... No hay por qué demostrar "la inmortalidad del alma". Lo que habría que demostrar, en todo caso, es que el alma puede sucumbir. Ni la vida ni el espíritu mueren; pero la materia que soporta la vida y el espíritu, se cansa y a este desprenderse la vida de un trozo de materia, llamamos "morir". Cuando la vida deja un trozo de materia atrás, sin su llamarada, deja un cadáver. Por eso el hombre conoce la muerte como abandono de la vida a la materia que ya no vive. Es cierto, como dice Ferrater (y Scheler no aclara), que sabemos algo de la muerte; incluso creo que la experimentamos de algún modo todos los días. Tengamos en cuenta, ante todo, que existir es co-existir, y que participamos en vivo la existencia de aquellas personas que forman parte de nuestra existencia, de nuestro contorno co-existencial. Por el amor no es que sepamos de otras existencias, es que existimos desde la existencia de nuestro amado: sus anhelos, sus recuerdos, sus sentimientos todos... La madre existe desde el hijo, interpretando e incorporándose al mundo de sus sueños. Y lo mismo el amigo con respecto al amigo y el amante con relación al amado. El que existe con intensidad, con **autenticidad plena**, coexiste de modo tal, que existe desde dos existencias y preeminentemente desde la **otra**.

Porque la conciencia (la zona de interferencia del espíritu con la materia organizada) se obnubila, se atreverá nadie a decir y pensar que el espíritu ha muerto? Se podrá pensar y decir que así como la vida vuela y tramonta de un terrón de materia a otro, así el espíritu pasa y revolotea de un ser vivo a otro ser vivo, y eso es lo que dice la metafísica hindú, con su transmigración. El cristiano dirá que el espíritu abandonó al cuerpo que ya no vive y vuelve a su origen. Al morir el cuerpo, el espíritu rompe los lazos, y con ello, la forma consciente de su vivir encarnado; y nada más... Per ola fe en la autonomía del espíritu está en todo hombre. No es sólo que el espíritu puede vivir sin el cuerpo, sino que vive mejor sin él, que es lo que sostenía Platón, llamando al cuerpo "cárcel" y "tumba"; y con él piensa San Pablo. El espíritu, por sí mismo, tiene fuerzas para ser, sin apoyo de lo orgánico, aunque para constituirse en hombre haya de encarnarse y vestirse de lo corporal, buscando instrumento para expre-

sarse, pues el espíritu se expresa y necesita del cuerpo para su expresión, al menos mientras esté aquí en la tierra. Pero eso no quiere decir que no pueda desencarnar y subsistir. Más bien es el tiempo en que está encarnado, si no un tiempo de expiación, que es lo que dicen la escatología india y la órfica, a lo menos un tiempo provisional de encarcelamiento, que es lo que dice Platón y con él muchos místicos de todas las religiones, incluso la cristiana... El hombre no es espíritu puro, pero sueña serlo y el morir puede ser su tránsito. Toda la escatología cristiana está llena de estas ideas y este presentimiento.

Es una lástima que la filosofía haya abandonado estos temas, tan gratos a Plotino, a los Padres de la Iglesia, a San Agustín. El espíritu, encarnado para constituir un hombre, es un tremendo misterio, y no lo podremos entender en su misterio, sino aceptándolo y comulgándolo. Pero ahí está el hecho diario: Cuando yo hablo a otra persona que participa ardentemente de mis palabras, qué es lo que materialmente viaja, cabalgando ondas, desde mí hasta ella? Y cómo lo que en mí, como ideas o anhelos, vivió encarnado, pasa ahora a encarnarse en otro hombre, ingresando en otro espíritu encarnado? Cómo es que por medio de la educación, de la enseñanza oral, del ejemplo vivo, podemos formar "otro hombre del que ya es", no a radice, claro está, pero sí nutriéndole y modificándole muy profundamente? Con mi amor a otra persona, qué es lo que vá desde mí hasta ella? Hace mal la filosofía cuando se ríe de las gentes de escasa cultura o mucha, porque hablan de los espíritus encarnados y objetivos.

Toda vida elabora su muerte de sus mismos estambres, y el ser vivo es vitabundo por lo mismo que es moribundo. El ser vivo ignora la muerte, pero sabe a muerte como el árbol sabe a su fruto. No diré yo que el ser vivo desde que nace "ya es bastante viejo" para morir, pues no todo ser vivo muere de viejo, ni la vejez es palabra que valga lo mismo para todos, y son muchas las vidas que se frustran sin llegar a su muerte **natural**, aparte de que la muerte por enfermedad es también **natural**... El espíritu no muere, pero ve morir lo vivo, ve cómo los hombres pierden su cuerpo que queda aquí, en el camosanto, para su corrupción. Y porque siente rebeldía y el sin sentido de la muerte, se estremece ante ella y experimenta el sentimiento de lo sagrado. La muerte física del hombre le sorprende y duele y le hace protestar de que el hombre pueda morir. Pero sabe que se va, que se aleja nada más, y siente entonces toda la última congoja de quien no quiere morirse del todo, es decir como espíritu. La angustia mata la nada, es manifestación de la protesta, de que el hombre no quiere morirse, de que no entiende la muerte, porque todo el impulso de su existencia es conato y afán de no querer morir. Por eso, protesta como si no estuviera condenado a muerte. Y no está, de verdad totalmente... Solo quien se sabe inmortal, puede hacer obras que duren en su hacer trescientos años, como las pirámides de Egipto o la Catedral de Burgos. La fe religiosa es esperanza en la inmortalidad. Contra la angustia, esperanza... En hebreo se alude a la muerte diciendo: "Fulano se ha ido"... Y ante el cadáver rezamos, porque está ausente, denominación ésta de "ausente" que los españoles empleamos también para los difuntos a quienes más amamos.

Todas las religiones antiguas han entendido la muerte de un hombre, como un viaje. Así los egipcios, los griegos, los romanos, los hebreos, los gitanos. Y por eso ponían junto a los cadáveres monedas, amuletos, víveres. Pero el cadáver es un despojo, la casa deshabitada, la rama abandonada donde la vida hiló sus trinos... También el hombre como ser orgánico, sabe a muerto. Nos morimos viviendo: vivimos cambiándonos, dándonos a otros en vida, muriendo. En ese sentido hay que entender la frase de San Pablo. Pero también en el de la nostalgia del que sabe también a inmortalidad y espera impaciente a que llegue esa inmortalidad, muriéndose el cuerpo. "Muriéndonos y he aquí que vivimos"... La muerte como aniquilación del espíritu es un absurdo metafísico, no para el pensamiento lógico, sino para el hombre todo... Hay que demostrar que el espíritu también muere cuando no hay hasta ahora ninguna prueba de ello... Más aun, el espíritu no puede razonar y demostrar su propia muerte. Heidegger ha tenido muchas ligerezas al hablar de la muerte sin distinguir que el espíritu no es la vida, y que la muerte, que es la anulación de la vida individual, no es la anulación del espíritu.

Maduramos como una fruta para la muerte solo en tanto que somos seres vivos, pero no en tanto que existencias personales... Los proyectos y las repercusiones de un existir van más allá de la muerte física. Y el hecho de que en nuestra existencia se dé la unidad viva del cuerpo y el alma, lo prueba. Es error común a todos los existencialistas y a muchos... neotomistas, invadidos de un raro afán de realismo y radicalismo, frente a lo que llaman "**espiritualismo excesivo**": sin embargo, algo quiere decir (aunque no lo dice) Heidegger cuando asevera: "El ser ahí" no finaliza nunca. Pero dejar de vivir sólo puede hacerlo el "ser ahí", en tanto que muere. La investigación biológica-médica del vivir puede lograr resultados que pueden ser de significación también ontológicamente, una vez asegurada la orientación básica de una exégesis existencial de la muerte. O tendría que concebirse hasta la enfermedad y la muerte en general, también bajo el punto de vista médico, primeramente como fenómenos existenciales?" (8).

Sabemos de la muerte de un modo experimental. Sobre nuestra muerte sabemos tanto o más que sobre nuestra vida; y además mejor sabido. Sabemos de nuestra muerte orgánica por la muerte continua de nuestras células y tejidos que se van renovando, y sabemos de la muerte como ausencia y como ruinas, pues muchos anhelos se han roto dentro de nosotros, y muchos afanes truncados, y muchos proyectos incumplidos, de modo que nuestro existir, que es un existir tramado de frustraciones, es también andar sobre nuestros propios cadáveres, es decir sobre nuestras mismas ausencias... "Muérete a tiempo!" decía Nietzsche. Pero todos morimos a tiempo en cuanto nuestro organismo llega a la hora marcada en el reloj de la eternidad, pues la hora de la liberación de nuestra envoltura no la damos nosotros, sino que nos está dictada en secreto. Y además morimos a tiempo, por-

(8) Heidegger: "El Ser y el Tiempo". Ed. México, págs. 283-84.

que todos los días hay algo que muere en nosotros. Todos los días muere en nosotros algo y algo también renace, hasta que llega el día en que morimos del todo, que es precisamente cuando nos liberamos del todo y empezamos a vivir plenamente en el espíritu.

Pero experimentamos, además de nuestra propia muerte corporal, la muerte corporal de aquellas personas que nos coexisten. Ante todo lo que se vá sentimos melancolía, sin que sepamos por qué: ante el coche que pasa, ante el avión que cruza nubes, ante el desconocido que se ausenta. Mucho mayor es la melancolía ante un cadáver de hombre. No hablamos arbitrariamente cuando decimos que la muerte del amigo, o del simple conocido, la hemos "sentido", es decir la hemos experimentado en nuestro propio ser, como una sombra de nuestra propia muerte. Y si quien murió es nuestro hermano, nuestra esposa, nuestro hijo, esa muerte es vivida a su paso por nosotros como algo más que una sombra. Pues el hombre por el amor vive las vidas que no son suyas, por lo que la muerte del deudo le parece propia. Sin metáfora podemos decir que algo muere (es decir, algo se ausenta) en nosotros cuando muere un ser querido. Basta ver la "media vida" a que queda reducido el cónyuge viudo o el padre huérfano de su hijo. Y si llegamos a la vejez, nos sentimos estatuas de nuestro propio camposanto, sintiendo melancolía de nosotros mismos, como aquel árbol fragante, umbro y risueño que antes jugaba y reía con todos los vientos y ahora se contempla a sí mismo en el dolorido esqueleto de sus leñas secas. También en la vejez de nuestra vida, nos queda un arborismo interior en crujiente esqueleto de muñones y taramas. Todo lo fragante y juvenil ha ido muriendo y en lugar de nuestras antiguas lozanías van quedando los vacíos de las ausencias que son como nichos.